angustias que se dispararon fueron muy grandes. El temor ante la enfermedad primero, el temor ante el derrumbe económico que continúa y en paralelo nos desplazamos por este momento histórico que nos tocó vivir.

Dentro de este universo pandémico, nuestra historia como grupo de maestría:

Hace tres años comenzamos un camino que se llama Maestría en Psicoterapia Psicoanalítica en la Asociación Psicoanalítica de Guadalajara. Nuestro grupo comenzó con seis compañeros; varios fueron dejando la maestría por diferentes razones hasta quedar dos, los que ahora escribimos estas palabras.

Comenzamos con muchas ilusiones e ideales acerca de ser psicoterapeutas, el camino fue arduo, y tuvimos varios tropezones, salvados gracias al cariño y paciencia que transmite la asociación. Una de estas ilusiones: la graduación, cúspide de tres años de estudio, coronada por un festejo entre las amistades surgidas de este camino que traza el psicoanálisis. Pero surgió la pandemia. Todo cambió, los sentimientos

de alegría se mezclaron con la tristeza y la añoranza de nuestras expectativas.

Sin embargo, nos tocó diferente, con mucho cariño nuestras maestras y compañeros hicieron festejos virtuales para marcar el final de esta etapa. A veces, qué difíciles son los cortes pero qué necesarios para el desarrollo de nuestro psiquismo. De otra manera todo sería lo mismo, estaríamos atrapados en una repetición, sin ningún movimiento.

El psicoanálisis nos enseña a encontrar el más disfrutable rodeo a la vida. A apreciar el advenimiento como psicoterapeutas, experimentándolo con todos sus claroscurios. Y aquí estamos hoy con un birrete virtual y la satisfacción de una etapa terminada.

BIBLIOGRAFÍA

Winnicott, D. (1971). *Realidad y Juego*. Barcelona: Gedisa.

_____. (2011). *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador*. Ciudad de México: Paidós.

La pantalla, lo virtual y los afectos. Anecdótico

FERNANDO ANGUIANO GONZÁLEZ

En mi práctica analítica a distancia me he tropezado con muchos obstáculos, aunque también se han desplegado distintos elementos en los tratamientos, que han dado la oportunidad de analizar otros contenidos psíquicos de los pacientes. En pequeñas viñetas hablaré de tres aspectos que he encontrado en este tiempo de pandemia y confinamiento: ¿Cómo es el trabajo con los afectos en lo virtual? ¿Qué hay alrededor del uso de las pantallas? Y cuestiones que suceden al “entrar” en la casa de los pacientes.

Adriana es una paciente con varios años en análisis, últimamente le ha costado expresar sus afectos, después de cierto tiempo ha racionalizado ciertos decires míos, de ella y de nosotros, alrededor de su problemática. En cierta sesión le interpretaba algún contenido y ella respondía: “¡Ah!, ahora entiendo”, y asociaba algo al respecto. A mí me daba la impresión de que no comprendía del todo lo que le decía, le dije: “Dices que sí a lo que te digo, pero no siento que te caiga un veinte, no siento que lo entiendas con el cuerpo”.

Hizo una pausa larga y su mirada se dirigía muy por debajo de la pantalla. Me dice: "Te estoy viendo a los ojos, ¿eh?, lo que pasa es que tus ojos están en esta parte de mi pantalla. Y luego veo mi imagen y parece que estoy viendo al suelo, pero no, te intento ver a los ojos, pero tendría que ver a la cámara para que tú pudieras ver mis ojos, pero yo no podría ver los tuyos".

"¿Y por qué quieres verme a los ojos, Adriana?", le dije yo, y ella agregó: "No sé, porque creo que ahora sí entendí lo que me decías, no sé, sentí algo". "Tal vez ahora hicimos contacto, y vernos a los ojos sería una señal de eso", dije yo. Ella confirmó con su cabeza.

El trabajo con los afectos en análisis nos da la posibilidad de apreciar y diferenciar un trabajo racional y manifiesto, de un trabajo que moviliza las cargas del aparato, que genera sensaciones corporales, surge una sensación de autenticidad, de experiencia emocional, justo lo que sentí con Adriana.

La segunda idea que presento es acerca del uso de la pantalla. En supervisión de caso y a través de mi contratransferencia construía junto con mi supervisora algunos aspectos que sucedían en el tratamiento con Roberto, que últimamente se mostraba escueto en sus asociaciones, y yo me esforzaba en sacarlo de su mutismo, sintiéndome responsable de que el tratamiento fuera significativo; esto me generaba cierta molestia que hasta entonces era inconsciente, y que se manifestó a partir de un momento de la sesión que analizábamos. Al comienzo de la sesión con Roberto, me percaté que mi imagen estaba demasiado oscura, acerqué hacia mí la mesa donde coloco mi computadora y le dije al paciente: "Es que estoy muy oscuro, Roberto". Inmediatamente después de decirlo pensé que eso podría tener otro significado al de lo manifiesto: podría ser que mi oscuridad estaba relacionada a la molestia que sentía y que Roberto percibía o imaginaba. ¿Quién

sentía la molestia? ¿Era yo, era él? ¿Desde cuándo ocurría esto? Muchas preguntas me surgían, había cierta confusión.

En otro momento, el sol pegó de lleno en la ventana de mi consultorio y generaba que mi imagen tuviera un halo de luz alrededor de mi persona y eso me desconcentraba de la sesión; lo platiqué también en supervisión, y entre bromas me señalaban: "¿De quién es el delirio? Ya andas o muy oscuro o sintiéndote el iluminado". Nos reíamos mucho.

La pantalla nos regresa una imagen de nosotros en lo concreto --a manera de espejo-- de cómo estamos y cómo nos ven nuestros pacientes. Podemos ver si estamos despeinados, muy serios, mal sentados, en oscuridad o iluminados; sin duda este elemento no está presente en los tratamientos presenciales. ¿Cómo anotarlos de la imagen que proyectamos? Para empezar se trata más del paciente que del analista, sin embargo los pacientes también nos regresan entre líneas lo que piensan de nosotros, y eso se vuelve fundamental para el tratamiento; no vuelve como una imagen concreta, regresa con sensaciones, con palabras, es algo más abstracto y más difícil de asir por ser algo que no se ve a simple vista y a lo que tendremos que estar atentos.

El último punto que quiero compartir es el de "entrar" en la casa de los pacientes; esto ha traído nuevos contenidos que han posibilitado se desplieguen diferentes aspectos. Bernardo, es un paciente sumamente racional, que quisiera que la vida tuviera una objetividad comprobable, se empeña en ello. Mientras me habla del maltrato de su madre, el foco que ilumina la habitación donde se conecta a sesión parpadea y se apaga, él no se detiene; yo menciono el hecho de quedarse sin luz y él dice: "¡Ah, es que fue el fantasma!", y sigue en lo que estaba. Yo preguntó por el fantasma, y él añade: "Es una broma", y ríe, y luego agrega: "Bueno, el otro día sí vi una sombra, a lo mejor fue mi gato,

pero, sabe...". Yo le digo: "Aunque lo digas de broma, te dio miedo decirlo, hasta acá sentí tu miedo, Bernardo."

La sesión dio un giro de 180 grados, y de ahí cuenta diferentes historias de miedos infantiles y otros más recientes de cómo pensó —y aún piensa— que su gato estuvo poseído porque un día en la noche se estrellaba repetidamente contra una ventana y caía desmayado después de cada impacto. Relató que durmió con la madre hasta 5o de primaria por sentir un miedo intenso a la oscuridad y cuando corría al cuarto de los padres sentía que alguien podría sujetarlo en el recorrido

del pasillo, un miedo infantil se actualizó y es muy vigente aún.

Hay múltiples cuestiones qué analizar del caso de Bernardo, sin embargo lo que me interesa rescatar es cómo el hecho de que en el tratamiento yo pueda ver lo que ocurre en su casa, se puede usar como un elemento más para el análisis. El inconsciente encuentra la manera de manifestarse, es verdad que la falta de la corporalidad en los tratamientos nos quitó ciertos elementos para interpretar, pero lo virtual nos da otros más para trabajar, el inconsciente no descansa, se manifiesta, ¡estemos atentos!

Supervisión sabatina y caos pandémico

GABRIELA RAMOS MENDOZA

Bajamos temprano con mucha calma. Era mi turno de supervisar a los alumnos de maestría en la Asociación Psicoanalítica de Guadalajara. Olvidamos por completo desactivar la alarma así que al abrir el ventanal del patio se prende la sirena provocando un susto en el vecindario. Lo menos que alguien quiere en fin de semana y menos en tiempos de COVID, tiempos de mucha angustia. Se acerca la hora de la supervisión, enciendo mi *laptop* en el comedor, lugar más efectivo de la casa que me asegura no tener fallas de señal de Internet. Mientras preparo café, un miembro de mi familia alimenta y pone agua limpia a Clavellina y Juan de Amor, una pareja de pericos que tenemos para después salirse a caminar con nuestros perros y así evitar ladren mientras yo estoy en Zoom. Me siento frente a la computadora pensando tener todo bajo control al estar sola y tranquila en casa. Recibo una llamada de la compañía de alarmas para preguntar si estamos bien, para cerciorarse que en casa nadie estuviera amagado por unos malvados ladrones. Tengo que proporcionarles datos y claves para asegurarse que todo está bajo control, y así evitar que manden patrullas. Empiezo a sentir desasosiego por la hora.

Tomo asiento de nuevo, de reojo veo que Clavellina está fuera de su jaula y se dispone a volar en libertad, algo nuevo y desconocido para ella ya que son aves que nacen en cautiverio. Accidentalmente, se había quedado la jaula mal cerrada y ella no desaprovechó la oportunidad. Corro con una toalla para lanzársela encima y tratar de capturarla, lo único que consigo es que vuele hasta un balcón en el segundo piso, en el momento que subo para seguir intentando atraparla recibo dos